

sia nuestra Madre, en la bendición de sus cirios, la salud del alma y del cuerpo, la luz de la verdad, los frutos de la fe, y el fuego dulcísimo de la caridad, que es lo que os deseo en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.—AMEN.

S E R M O N

DE

NUESTRA SEÑORA DE LOS DOLORES

PREDICADO
EN LA CAPILLA DEL SEMINARIO DE MEXICO EN 1856

POR EL

Señor Doctor Don José María Díez de Sollano

Stabat juxta crucem Jesu Mater ejus.

Joan., XIX, 25.

En estas sencillas palabras encierra el Dolor de María el que lo vió y dió testimonio de ello. Sencillas, sí, pero altamente significativas de la compasión de esta dolorosa Madre. Estaba junto á la Cruz, porque era socia de sus dolores; estaba, pero en pié, porque participaba de su fortaleza. Estaba junto á la Cruz, de cuyos misterios era, no solo expectadora, sino actora muy cercana; estaba, lo diré de una vez, reflejando en sí todos los rayos que despedía aquel sol de justicia su muy amado Jesús. *Stabat juxta Crucem Jesu.* Acaso, hermanos míos, sucederá algunas veces con vosotros lo que con los rayos del sol, que reflejados en el espejo ustorio redobla su fuerza y actividad. Así los dolores del Hijo reflejados en el corazón de la Ma-

dre adquirirán doble fuerza para mover los nuestros. Esta es la gracia que te pido, ¡oh divino Espíritu! por intercesion de tu dolorida Esposa.—AVE MARIA.

¡Cuán altos son tus consejos, Soberano Jesús Sacramentado! Quisiste que tu Madre Inmaculada estuviese junto á tu Cruz, para formar en ella una imágen viva y al natural de tí mismo crucificado. Ved aquí ya, hermanos míos, con toda claridad, el pensamiento sublime que se encierra en las palabras del Evangelio que intento explicaros. *Stabat juxta Crucem.*

Tres cosas son las que constituyen y perfeccionan el sacrificio del Hombre Dios: los sufrimientos que despedazan su humanidad sacrosanta; la resignacion con que humildemente se somete á la voluntad del Padre celestial, y por último, la fecundidad con que nos reengendra en la gracia y nos da la vida muriendo. Y tú, ¡oh Virgen madre! ¿no participaste muy cerca de estas tres grandes cosas, completadas en la Cruz de tu Hijo? *Stabat, etc.*

Sí, María, dice el Padre San Bernardo, verdaderamente estaba cerca de la Cruz, porque la Madre lleva la cruz de su hijo con un incomparable dolor, dolor indudablemente más grande que el que penetra á los demás: *Vere juxta Crucem stabat qui crucem filii pre coeteris Mater majore cum dolore ferebat.*

Pensamiento es éste, hermanos míos, que no hallo como acertar á describirlo; porque si la pintura no tiene rasgos bastantes para delinear las emociones de un corazón maternal, también la elocuencia se encuentra demasiado embarazada para ello. Si meditais bastante el asunto hablará por sí mismo á vuestro corazón más de lo que hablaros pudieran mis palabras, y me ceñiré, por tanto, á

recordaros un pensamiento que os sirva de guía, á saber, que así como de la maternidad divina es de donde parte toda dignidad casi infinita de María, de allí tiene también su origen el torrente de sus dolores.

En efecto, si los otros mártires necesitaron verdugos; si para su tortura se hubieron menester instrumentos que despedazaran sus miembros, teas que abrasaran sus carnes, en María sobra el amor; de ella se escribió que su amor era fuerte como la muerte misma: *Forti est et mort dilecti.* Era Madre y Madre Virgen la que estaba cerca de la Cruz de su Hijo. *Stabat, etc.*

Detengamos aquí nuestros pensamientos; los dolores de María son inescrutables é incomprensibles. No intentemos escudriñar lo inescrutable é incomprensible; meditemos, sí, el exceso de su pesar, pero meditémoslo más para imitarlo que para comprenderlo. Penetremos nuestros corazones de la Pasion sangrienta del Hijo, que tan amarga es á la Madre. ¡Ah! muerto Jesús murió el gozo y el contento para María; su vida espiró con la vida de Jesús. ¡Oh Padre celestial! no es menester no, para María, que hagas eclipsar el sol en medio de su carrera, ni que extingas los fuegos del cielo, ni que los cubras de luto. Para ella, muerto su amado, todo está muerto. No es necesario que conmuevas la tierra hasta sus cimientos, ni que hagas bambolear sus columnas, ni que la cubras de horror, ni que amenaces á los elementos con reducirlos nuevamente al caos. Para María, las sombras de la muerte derramadas en el rostro de su Hijo se han esparcido por toda la naturaleza, la figura de este mundo es ya pesada para ella; donde quiera que mire, sus ojos tropiezan con la muerte: *Quidquid aspicebam mors erat.*

Pero no penseis, hermanos míos, que por esto haya perdido un punto en la resignacion y firmeza. Notadlo bien en las mismas palabras del Evangelio: *Stabat*, estaba en pié. Sí, estaba en pié, y estaba en pié cuando oscilaba el mundo, pues otra cosa no era digna de la Madre de Jesús, cuya constancia debía ser imperturbable.

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

Imperturbable, dije, porque hay tres maneras de sobreponerse á los padecimientos. Primeramente cuando sobreabundando el gozo, desaparecen y el alma queda tranquila, como cuando San Pablo exclamaba en medio de las tribulaciones: Estoy inundado de alegría: *Superabundo in gaudio*. En segundo lugar se combate el dolor por medio de la paciencia; pero entonces la victoria se obtiene á fuerza de agitacion y violencia, y aunque victorioso, el espíritu no está sin embargo tranquilo. Oid á Tertuliano: El alma, dice, se agita por el mismo esfuerzo que hace para no agitarse; *In hoc tamen mota ne moventur*, y su misma firmeza y constancia se quebranta contra el choque de la inconstancia, á la que sobrepuja: *Ipsa constantia concussa est adversus constantiae concussionem*. De estas dos maneras vencieron los mártires; pero hay todavía un grado supremo y reservado para la Reina de todas; éste consiste en sufrir la violencia del dolor sin pérdida de la tranquilidad. En el primero hay tranquilidad, pero el dolor ha desaparecido y el regocijo ha ocupado su lugar; No lo veis pintado en el semblante risueño de tantos ínclitos mártires de Jesucristo? En el segundo el dolor impide la tranquilidad. Vedlo allí luchando con la paciencia en tantos otros atletas de nuestra santa religion. Finalmente, en el tercer estado todo se une con un enlace maravilloso, un extremo dolor y una tranquilidad soberana. Ved aquí lo que pasa en el alma de María Señora Nuestra al pié de la Cruz. *Stabat*, etc.

Representaos por un momento que presenciáis esta triste escena: Veis á María inmóvil viendo espirar á Jesús. Verdad es que la tristeza levanta sus olas con ímpetu horroroso y parece que amenazan al mismo cielo, acumulando en el corazon de la Virgen Madre cuanto hay de más terrible y acervo en el dolor; ábrense abismos á sus piés no descubren sus ojos sino los horrores de la muerte. Mas no por esto os persuadais de que su ánimo se perturba ni en un punto. María no quiere que cesen sus dolores, porque la asemejan á su Jesús; no pone límite á su

afliccion porque no lo tiene su amor. No te pide consuelo, ¡oh Padre celestial! porque no quiere ser tratada mejor que su Jesús, antes bien exclama con él: Todas las olas de tu cólera has arrojado sobre mí: *omnes fluctus tuos induxisti super me*. Pero éstas en nada han podido enturbiar la serenidad imperturbable que reina en la parte superior de su alma; y ved aquí como su amargura, la más acerva, es en medio de la paz más inalterable. *Ecce in pace amaritudo mea amarissima*.

¿Qué resta, pues, hermanos míos, sino que su muy amado Hijo, que le hace sentir todo el peso de sus sufrimientos é imitar cabalmente su resignacion al pié de la Cruz, la comunique también allí toda su fecundidad? Así es en efecto, y oye de la boca de su Jesús, que no solo él sino todos los pecadores somos sus hijos: *Mulier, ecce lius tuus*.

Pero, ¡oh fecundidad dolorosísima de María! ¿Quereis saber, hermanos míos, cuánto le cuesta esta fecundidad que la constituye Madre nuestra? Oído de la boca del mismo discípulo amado, en cuya persona le fuimos entregados: “Apareció, dice en su Apocalipsis, un gran signo en el cielo. Una mujer vestida del sol, la luna bajo sus plantas y coronada de estrellas; y clamaba á grandes gritos estando de parto, y se atormentaba para parir: *Et clamabat parturiens et crucinabatur et pareret*.” Quien sea esta mujer misteriosa nos lo asegura San Agustín, es María. Mas ¿cuál es este parto doloroso cuando la Iglesia, usando de las palabras del mismo santo, lo canta lleno de alegría? *In laetitia Dominus peperit*? ¡Ah! éste es en Belen y el otro en el Gólgota. Aquel fué de gozo y este de dolor: *Cruciabatur ut pareret*.

Se lee en el libro de Tobias, que vuelto el jóven Tobias á su casa, hizo á su padre una gran reseña de los grandes servicios que le había prestado el santo Arcángel Rafael, y concluyó diciéndole qué cosa digna de él podría hacer ó con qué merced le podría retribuir: *Quam mercedem davimus ei?* Roguémosle al menos que tome la mi-

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

tad de toda mi herencia: *Dimidiam partem*. ¿Y qué diría el Padre Celestial al presentarle Jesucristo desde la Cruz todos los méritos de María para con él y sus dolores acervísimos? Por cierto que no la mitad, sino toda la herencia de su Hijo adjudicaría á la Madre Santísima. ¿Y cuál es la herencia de Jesús? *Dabo tibi gentes hereditatem tuam, possessionem tuam terminos terrae*. Te daré, le dice el Padre Celestial, todas las gentes por herencia y en posesion hasta los términos de la tierra. Esta es, pues, la herencia de María: nosotros todos los pecadores. Jesucristo nos reengendró en la gracia por medio de la efusion de aquella misma sangre que recibió de María y unió hipostáticamente á la divinidad; y esta Señora recibe entonces al pié de la Cruz la fecundidad dolorosa para ella, y dichosa para nosotros de darnos á luz en la adopcion divina.

¡Oh Dolores de María, verdaderamente grandes bajo todos aspectos! grandes por lo acervos; grandes por que ellos la hacen una imagen viva de su muy amado Hijo; grandes por los misterios que encierran. ¡Oh Virgen santa! en medio de tus dolores, en ellos brillan con magnífico esplendor tu caridad ardentísima, tu magnanimidad imperturbable, tu fecundidad sin más límites que el de las generaciones de los siglos. ¡Oh dolorosa Madre! yo te saludo con toda emocion de mi espíritu; yo bendigo tus penas por que acarrearón la alegría de luniverso; yo adoro al Omnipotente que así quiso ensalzarte á tí y en tí á nosotros por medio de tus dolores. Te miro cerca de la Cruz y me pasmo de admiracion; te veo en pié y me lleno de estupor; contemplo tu corazon, y la ternura y el dolor se difunden y penetran en el mio al través de mil generaciones. Seas por siempre bendita en los siglos de los siglos.—AMEN.



S E R M O N

DE

NUESTRA SEÑORA DE LOS DOLORES

PREDICADO
EN LA IGLESIA DE LA SOLEDAD DE PUEBLA

POR EL

PBRO. D. BARTOLOME ROJAS

Stabat juxta crucem Jesu Mater ejus.

Joan., XIX, 25.

En la caída y reparacion del hombre, escenas las más importantes que ha visto el mundo, dos mujeres desempeñaron los primeros papeles: Eva, bajo la sombra de un árbol agradable á la vista, satisfizo su curiosidad, invitó á su marido y perdió á todos sus hijos. Ella no ha visto todo lo que hizo; pero hizo todo lo que hemos visto. María, al pié de otro árbol horroroso á la vista, llora el pecado de la primera, y mezclando su llanto con la sangre de Jesucristo, salva á todos los hombres, dándoles una nueva vida; venció al demonio haciendo que perdiera en los dolores del Calvario lo que había ganado en las delicias del Paraíso. Recuperó en el monte de la mirra la corona que nuestra madre Eva perdió entre las flores de